

gian terminase su existencia, y con ella el martirio que interiormente sufría.

XXVI.

Retrocedían entre tanto los coches del rey, por el camino de Chalons, con toda la velocidad que era posible á los guardias nacionales, que se relevaban á menudo, por cuya razon podían andar mas de prisa. Pueblos enteros acudían á las orillas del camino, por ver á aquel rey cautivo, conducido en triunfo por el pueblo, que se había creído vendido por él. Las picas y las bayonetas de los guardias nacionales apenas podían abrirse paso á través de aquel gentío inmenso que se renovaba sin cesar, pero era mayor cada vez. Los gritos, las amenazas, las risotadas y los insultos, se sucedían sin interrupcion y el clamoreo del pueblo y sus vociferaciones eran tan continuados como el movimiento de las ruedas del coche. Este viage fué para Luis XVI y su familia un calvario de sesenta leguas, en las que cada paso fué un suplicio. Solo un caballero anciano llamado Mr. de Dompierre acostumbrado al culto respetuoso que á los reyes se había tributado hasta entonces, quiso aproximarse al coche á manifestar á sus señores la compasion que su desgracia le infundía; pero fué asesinado al lado de las ruedas del carruaje y la familia real tuvo que pasar por aquel ensangrentado cadáver. La fidelidad era el único delito imperdonable para aquella turba de precipitos. El rey y la reina que habían hecho ya interiormente el sacrificio de sus vidas, llamaron á si todo el valor y toda la dignidad que debía acompañarles en tan cruel trance. El valor pasivo era la virtud de Luis XVI, y parecía que el cielo, que le había destinado al martirio, le había dotado desde su nacimiento de cierta resigna-

cion heroica para ver la muerte sin sobresalto. La sangre fria de la reina unida á su orgullo, y al odio que la inspiraba aquel pueblo desenfrenado, la hacían corresponder con desprecio á los insultos que por todas partes la dirigían. Madama Isabel imploraba en voz baja el socorro de lo alto y los dos niños admiraban la ira de aquel pueblo que se les había enseñado á amar y en el que no veían sino furias mas bien que hombres. La augusta familia no hubiese entrado viva en Paris, si los comisionados de la Asamblea, cuya presencia imponía algún tanto al pueblo, no hubiesen llegado á tiempo de intimidar y apagar aquella sedicion, en cuanto les fué posible hacerlo.

Los comisionados encontraron los carruages del rey entre Dormans y Epernay, y allí leyeron al rey y al público las órdenes de la Asamblea, por las cuales se les confería el mando en jefe de las tropas y de los guardias nacionales en toda la línea, al mismo tiempo que se les encargaba que atendiesen muy particularmente, no solo á la seguridad de S. M., sino tambien á que se le guardase el respeto debido á su persona. Barnave y Pétion subieron inmediatamente á la berlina del rey para participar de sus peligros y escudarle con sus cuerpos, pero aunque lograron libertarle de la muerte, no pudieron impedir que fuese insultado continuamente. Todas las personas en quien se suponía aun un resto de respeto ó de adhesión al monarca eran bajamente ultrajadas.

Un eclesiástico quiso acercarse al coche, y notando el pueblo en su semblante algunas señales de respeto y de dolor, se apoderó de él, le derribó á los pies de los caballos, é iba ya á sacrificarle á los ojos de la reina, cuando Barnave tomó la resolucion sublime de sacar casi todo el cuerpo por la portezuela, y dirigiéndose á aquellas gentes les dijo: «Franceses, ¿quereis convertirnos en un pueblo de asesinos, cuando hasta aqui se ha llamado

nuestra nacion la de los valientes?» Admirada madama Isabel del valor de Barnave y temerosa de que cayese por la portezuela y fuese asesinado alli mismo, le agarró por los faldones de la casaca, mientras dirigia estas palabras á aquellos hombres furiosos. Desde este momento, tanto la princesa como el rey y la reina, concibieron una gran estimacion hácia Barnave, y á la vista de un corazón generoso en medio de tantos otros pervertidos y crueles, se entabló cierta correspondencia secreta entre sus almas y la del jóven diputado. No conocian las personas reales á éste sino por la fama que de faccioso tenia, y quedaron atónitas al encontrar un protector respetuoso en el mismo hombre en quien no habian visto hasta entonces sino un enemigo insolente. La fisonomia de Barnave era un tanto severa, aunque graciosa y franca. Sus maneras eran elegantes y su language decoroso y decente, cubriendo todo esto en aquel momento cierta tristeza sombría al considerar el lamentable estado de abatimiento en que se veian tanta belleza y tanta grandeza. El rey en los momentos de calma y de silencio le dirigia la palabra y hablaba con él de los acontecimientos que se estaban verificando á su vista. Barnave respondia como hombre adicto á la libertad, pero que fiel al trono jamás separaba en sus planes de regeneracion la causa de la nacion de la de la monarquía. Lleno de consideraciones hácia la reina, hácia madama Isabel, y hácia los augustos niños, ponía el mayor esmero en ocultarles, en cuanto le era posible, los peligros y las humillaciones del camino. Contenido sin duda por la presencia de Petion, sino confesó en alta voz hallarse vencido por la compasion y por la admiracion respetuosa que le inspiraban las personas reales, al menos se traslucian estos sentimientos en todos sus actos, y puede decirse que se estableció cierta inteligencia entre él y los ilustres cautivos, aunque no pudo conocerse esteriormente sino por las miradas significativas que mutuamente se dirigian. Pronto

conoció la familia real que habia conquistado á Barnave cuando todos la abandonaban por otra parte, y la conducta que observó este diputado en lo sucesivo confirmó la idea que de él se habia concebido. Audaz contra el poder, quedó desarmado ante las gracias, la debilidad y el infortunio. Esta fué la causa de su muerte, pero hizo grata su memoria. Hasta entonces habia sido elocuente; en lo sucesivo, mostró que tambien era sensible. Petion por el contrario, permanecia frio como un sectario, y afectaba delante de la familia real una brusca familiaridad. Cuando comia en el coche, arrojaba las mondaduras de la fruta por delante del rey, aunque estaba lejos de la portezuela, y cuando madama Isabel le servia de beber, levantaba el vaso, sin darle gracias, para denotar que tenia ya bastante. Habiéndole preguntado Luis XVI, si estaba por la república ó por el sistema de las dos Cámaras, le respondió: «Estaria desde luego por la república, si creyese que mi pais estaba bastante maduro para adoptar esta forma de gobierno.» Ofendido el rey no le contestó ni volvió á dirigirle la palabra hasta Paris.

Los comisionados habian escrito desde Dormans á la Asamblea el itinerario que llevaban, y el dia y hora en que debian llegar. Cuanto mas se aproximaban á Paris, mayor era el peligro, y la Asamblea tuvo que desplegar mucha energía y usar de gran prudencia, para asegurar la inviolabilidad de la persona del rey. Hasta el pueblo, volvió á recobrar el sentimiento de su dignidad, ante aquella gran satisfaccion que le ofrecia la fortuna, y no quiso deshonrar su triunfo. Por todas partes se veian pasquines con estas palabras: *El que victoree al rey será apaleado, al que le insulte se le ahorcará.* El rey durmió en Meaux la noche antes de llegar á Paris, y los comisionados pidieron á la Asamblea, que estuviese en sesion permanente para atender al remedio de los lances imprevistos que pudiesen acaecer al entrar en Paris. La Asamblea lo hizo. El héroe de aquel dia fué Drouet, el hijo del

maestro de postas de Saint-Menehould, verdadero autor del arresto del rey. Compareció este jóven en la Asamblea y habló en estos términos. «Soy un antiguo dragon del regimiento de Condé, y Guillermo, mi camarada, servía en los dragones de la Reina. El 21 de junio, á las siete y media de la tarde, llegaron á mi casa dos carruages y allí mudaron los tiros. Entre los que iban dentro, conocí al rey y á la reina, pero temeroso de engañarme, resolví marchar á Varennes por un atajo, para llegar allí antes que los coches. Llegué en efecto á las once de la noche, hora en que todo el mundo dormía. La noche estaba muy oscura y los coches se habian parado por haberse armado una disputa entre los conductores y los postillones, que no querian pasar de allí. Entonces me dirigí á mi amigo, y le dije:—Guillermo ¿eres buen patriota?—¿Puedes dudarle?—me respondió éste: Pues bien, el rey está aquí y es preciso delenerle. Entonces atravesamos en el puente una carreta que allí habia cargada de muebles, y buscamos otros ocho compañeros de confianza, nos escondimos detrás de aquella especie de parapeto, y al llegar los coches salimos de repente, intimando á los viajeros que nos enseñasen los pasaportes. Vamos muy de prisa señores dijo la reina. Nosotros insistimos todavía mas, y haciendo apeaar á los viajeros, los condujimos á casa del síndico procurador. Entonces Luis XVI nos dijo espontáneamente: «Yo soy vuestro rey y esta señora y estos niños, son mi esposa y mis hijos: tratadnos con todas las consideraciones que los franceses han guardado siempre á sus soberanos.» Al oír esto, acudieron los guardias nacionales, los húsares se pasaron á nuestro partido, y nosotros despues de haber cumplido con nuestro deber, nos retiramos á nuestras casas, enmedio de los aplausos y felicitaciones de nuestros conciudadanos. Hoy comparecemos ante la Asamblea nacional á ofrecerla nuestros servicios.» Largos y repetidos aplausos siguieron á este no muy elocuente discurso.

La Asamblea decretó que en cuanto llegase Luis XVI á las Tullerías, se estableciese una guardia, bajo las inmediatas órdenes de Mr. de La Fayette, que respondiese de la persona del rey. Malouet fué el único que protestó contra esta detencion forzosa, que atacaba á la vez la inviolabilidad del rey y á la Constitucion, supuesto que el poder legislativo y el ejecutivo no son mas que uno mismo. Alejandro Lameth rebatió la proposicion de Malouet y declaró, que la Asamblea se habia visto obligada á tomar, y debia conservar, hasta que se terminase la Constitucion, una dictadura adquirida en fuerza de los acontecimientos; pero que siendo la monarquía una forma necesaria á la centralizacion de las fuerzas de un pueblo tan grande, la Asamblea despues que estuviese bien marcada la division de ambos poderes, volveria á aceptar las condiciones de la monarquía.

XXVII.

En este momento entraba en París Luis XVI.

Eran las siete y media de la tarde del 25 de junio. Desde Meaux hasta los arrabales, el gentío se habia ido aumentando progresivamente con todos los habitantes de las inmediaciones de París, en cuyos rostros estaban pintadas las diferentes pasiones de que estaban poseidos sus corazones. Sin embargo, no se oía un insulto, y si alguno se profería era á media voz. Un millon de miradas pronunciaban sentencia de muerte contra los que iban en los coches, pero nadie desplegaba los labios.

Esta sangre fria no escapó á la penetracion del rey. El dia era muy caloroso, y un sol ardiente reverberado por las bayonetas, abrasaba aquella berlina en que iban amontonadas ocho personas. La nube de polvo que levantaba medio millon de espectadores, era lo único que

ocultaba de cuando en cuando la humillacion del rey y de la reina, que se sofocaban en aquel estrecho recinto. Por la frente de los niños corría un copioso sudor, y casi les faltaba ya la respiracion. Alarmada la reina, al ver el estado de sus hijos, bajó precipitadamente uno de los vidrios, y tratando de enternecer á la multitud, la dirigió la palabra diciendo: «¡Ved, señores, en que estado tan lamentable están mis pobres niños! ¡nos ahogamos aqui dentro!—Ya te ahogaremos de otro modo» la respondieron á media voz aquellos hombres feroces. De cuando en cuando, forzaba la multitud la doble fila de soldados que habia en todo el tránsito, y alguno de aquellos hombres implacables se subia á los estribos del coche para contemplar en silencio, y gozarse en el martirio que sufrían todas las personas reales. Las cargas de la gendarmeria restablecian el orden momentáneamente, y la comitiva seguía su curso en medio del ruido de las armas, y de los gritos de los que eran arrojados al suelo por los caballos. La Fayette, que temia que se cometiese un gran atentado en las calles de París, previno al general Dumas que mandaba la escolta, que no atravesase la ciudad, y mandó formar las tropas á tres de fondo desde la barrera de la Estrella hasta las Tullerías. La guardia nacional y los suizos estaban tambien formados en batalla, pero no bajaban sus banderas para saludar á su amo. Ningun honor militar se hizo al jefe supremo del ejército.

XXVIII.

Los coches entraron en el jardin de las Tullerías por el puente levadizo. La Fayette habia salido á caballo con su estado mayor á recibirlos, é iba delante de todos. Una inmensa turba habia invadido el jardín y obstruía las puertas de palacio, de suerte que la escolta apenas podia abrirse paso. A todo el mundo se le obligaba á estar cu-

bierto, y únicamente Mr. de Guillermy, miembro de la Asamblea, se quitó el sombrero y se mantuvo con él en la mano, á pesar de los insultos que de todas partes le dirigian. Viendo que el pueblo iba á emplear la fuerza, para obligarle á imitar el insulto general, arrojó el sombrero lo mas lejos que pudo, de modo que hizo imposible que se le volviesen á traer.

Entonces la reina vió á Mr. de La Fayette, y temiendo que asesinasen á los fieles guardias de corps que iban en los pescantes, le llamó á gritos diciéndole: «Señor de La Fayette, salvad á los guardias de corps.»

La familia real bajó de la berlina al pie del terrapien, en donde Barnave y Petion se la entregaron á Mr. de La Fayette. Los guardias nacionales cojieron en brazos á los niños, y el vizconde de Noailles, miembro del lado izquierdo de la Asamblea, corrió á ofrecer el brazo á la reina. Indignada ésta, le rechazó, dirigiéndole una mirada en que se manifestaba su resentimiento, y dió el brazo á un diputado del lado derecho, que se hallaba allí. Tanto abatimiento no habia sido suficiente á dominar su orgullo, y toda la dignidad del imperio se hallaba reconcentrada en el corazon de una muger.

Los gritos prolongados de la multitud á la entrada del rey en las Tullerías anuncian á la Asamblea el triunfo que ha obtenido, y la sesion se interrumpe por espacio de media hora. Al poco rato, entró precipitadamente un diputado en el salon diciendo, que los tres guardias de corps estaban en poder del pueblo que queria despedazarlos. Al momento salieron veinte diputados para salvar á aquellos leales, y muy pronto volvieron á entrar, porque los sediciosos se habian contenido, en cuanto les vieron. Estos diputados, contaron al volver, que habian visto á Petion cubriendo con su cuerpo la portezuela de la berlina del rey. Al poco rato llegó Barnave y subió á la tribuna cubierto aun del polvo del camino. «Hemos desempeñado nuestra comision, (dijo) por el honor de la

Francia y de la Asamblea. Hemos mantenido la tranquilidad pública y salvado la persona del rey. Este, nos ha dicho, que jamás había sido su intención pasar las fronteras del reino (murmillos). Hemos marchado rápidamente hasta llegar á Meaux, para evitar que las tropas de Mr. de Bouillé viniesen en nuestro seguimiento, y tanto el ejército, como los guardias nacionales, todos han cumplido con su deber. El rey se halla en las Tullerías.»

Petion por adular á la opinion pública, dijo: «que era cierto que al bajar el rey del coche, había querido el pueblo apoderarse de los guardias de corps, y que á él mismo le habían agarrado del cuello de la casaca, para arrancarle de la portezuela del coche; pero que este movimiento popular era legal en cuanto á la intención, porque lo único que quería el pueblo era asegurarse del cumplimiento de la ley, que disponia el arresto de todos los cómplices.» En seguida se mandó proceder á la averiguación del hecho de la fuga del rey, por el tribunal del distrito de las Tullerías, y que tres comisionados de la Asamblea, pasasen allí á recibir las declaraciones al rey y á la reina.

«¿Qué significa esa escepcion obsequiosa? (esclamó Robespierre). ¿Teméis degradar al trono, entregando al rey y á la reina á los tribunales ordinarios? Todo ciudadano, por elevada que sea su categoría, jamás queda degradado por sujetarse á lo que la ley prescribe.»

Buzot apoyó esta opinion. Dupont la combatió; pero el respeto pudo mas que el ultraje en aquella ocasion, y los comisionados que se nombraron para instruir el sumario, fueron Tronchet, D^e André y Duport.

XXIX.

En cuanto el rey se vió solo en su cuarto, conoció toda la estension de su desgracia. La Fayette se le pre-

sentó entonces, ocultando bajo las formas esteriore de enternecimiento y de respeto, el mando que realmente ejercia sobre su soberano. «V. M. (le dijo) conoce mi adhesion á su persona; pero ya he dicho en otros tiempos, que si V. M. separaba su causa de la del pueblo, yo estaria siempre de parte de este.—Es cierto (le respondió el rey) veo que sois constante en vuestros principios, y os diré francamente, que hasta hace pocos dias había creído que eran muy pocos los que pensaban como vos; ahora me he desengañado de que vuestra opinion es la opinion general.—¿Tiene V. M. algunas órdenes que comunicarme?—Me parece (contestó el rey sonriéndose) que mas bien estoy yo á vuestras órdenes, que vos á las mías.»

La reina no pudo contenerse mas, y quiso obligar á Mr. de La Fayette á tomar las llaves de las maletas que habían quedado en el coche. El general se resistió, y la reina se las echó dentro del sombrero. «V. M. se tomará la molestia de volverlas á recoger, porque yo no he de tocarlas (dijo La Fayette).—Pues bien, (repuso la reina incomodada y volviéndolas á tomar) yo hallaré personas menos delicadas que vos.»

El rey se entró en su gabinete, escribió algunas cartas y se las entregó á un criado que fué á presentárselas á La Fayette. El general se manifestó resentido de que se le atribuyese una inspeccion tan odiosa en los actos particulares del rey, porque quería que aquel cautiverio conservase en lo exterior todas las apariencias de libertad.

El servicio de palacio se hacia como de costumbre, pero La Fayette era el que daba el santo sin recibirlo antes de S. M. Las verjas de los patios y de los jardines estaban siempre cerradas y la familia real presentaba diariamente á La Fayette la lista de las personas que quería recibir. En todas las salas, así como en los pasillos que había que atravesar para ir desde el cuarto del rey al

de la reina, había centinelas, y las puertas de ambas habitaciones debían estar siempre abiertas, sin que ni el mismo lecho de la reina estuviese libre de la inspección de aquellos hombres, que no respetaban ni aun el pudor de una mujer.

Gestos, miradas y palabras, todo era espiado, de todo se daba parte, y no tenían libertad ni aun para hablar. Un oficial estaba de guardia por espacio de veinte y cuatro horas en el fondo de un corredor que daba al cuarto de la reina, iluminado con solo un farol, cual si fuese un calabozo. Este puesto, temido por todos los oficiales de servicio, era solicitado sin embargo por algunos de ellos, que bajo las apariencias de un gran celo patriótico procuraban entrar en él para poder ser útiles á sus soberanos. Saint Prix, famoso actor del Teatro francés, lo ocupaba muy amenudo, y de este modo podía favorecer ciertas entrevistas rápidas entre el rey y su familia.

Por la noche una de las damas de la reina, se acostaba en un catre delante del de su ama, para ocultarla con su cuerpo á las miradas de los centinelas.

Una noche el comandante del batallón que estaba de vigilante entre las dos puertas, viendo que la dama dormía y que la reina estaba despierta, se atrevió á acercarse al lecho de su soberana para darla en voz baja algunos consejos saludables y hacerla ciertos advertencias sobre su situación. La dama se despertó asustada al ver un hombre al lado de la cama de la reina y ya iba á gritar, cuando María Antonieta la impuso silencio diciéndola: «Tranquilízate, este hombre es un buen francés, engañado con respecto á las intenciones del rey y las mías, pero cuyas palabras anuncian una sincera adhesión á sus señores.» De estos medios se servía la providencia para dar algún consuelo á las víctimas. El rey tan resignado ó impasible hasta entonces, se abatió un momento no pudiendo soportar tanta humillación, y re-

concentrado en sí mismo estuvo diez días sin hablar una palabra con su familia. Parecía que la última lucha que había sostenido con su desgracia había agotado sus fuerzas, y que sintiéndose vencido deseaba morir cuanto antes. La reina consiguió romper aquel obstinado silencio echándose á sus pies y presentándole á sus hijos. «Guardemos, le dijo, todas nuestras fuerzas para luchar obstinadamente contra la suerte, y aun cuando nuestra pérdida fuese inevitable, aun queda á nuestro arbitrio elegir la actitud en que debemos perecer. Muramos como reyes, y no esperemos, sin oponer resistencia, á que vengan á ahogarnos en nuestros mismos cuartos.» La reina tenía un corazón de héroe y Luis XVI el alma de un sábio, pero les faltaba á los dos el genio que combina la sabiduría con el valor. La reina sabía combatir y el rey sabía someterse: ninguno de los dos sabía reinar.

XXX.

Tales fueron los resultados de esta famosa evasión que á haber salido bien hubiese cambiado todas las fases de la revolución. En lugar de tener esta en un rey prisionero en su mismo palacio, un instrumento y una víctima, hubiese tenido un enemigo ó un regulador, y lo que fué anarquía hubiese sido guerra civil. En vez de mancharse con asesinatos, hubiese obtenido victorias, y caso de haber triunfado hubiera sido noblemente y con las armas; pero nunca vertiendo la sangre á torrentes en la guillotina.

Jamás ha dependido la suerte de los hombres y de las ideas de una casualidad como entonces, y aun esta casualidad no lo era, si bien se repara.

Drouet fué el instrumento de la pérdida del rey, y aquel hombre oscuro, hijo de un maestro de postas, que

por no saber qué hacer estaba de pie á la puerta de su casa, fué el que decidió la suerte de una respetable monarquía. Sin aconsejarse con nadie, se dirigió á Varennes diciendo entre sí, «yo prenderé al rey,» pero Drouet no hubiese tenido tanta decision, á no hallarse personificadas en él en aquel momento, si nos es lícito decirlo así, toda la agitacion y todas las sospechas de un pueblo. Un fanatismo patriótico le impele con irresistible fuerza hácia Varennes y le hace sacrificar á una familia entera de desgraciados fugitivos, creyendo esta accion heróica y que con ella salvará la nacion. De nadie habia recibido inspiraciones, así cargó él solo con toda la responsabilidad de aquel acto y de su inmediata consecuencia, que fué la muerte del rey. La adhesion de aquel jóven á su pais, fué cruel. El silencio y la compasion, no hubiesen atraido tantas calamidades sobre la Francia.

En cuanto al rey, cometió al menos una falta en fugarse, porque ó era demasiado pronto para hacerlo ó demasiado tarde. Era pronto, porque la Asamblea nacional no habia concluido aun la Constitucion; el gobierno no estaba aun tan desacreditado que su impotencia fuese palpable; ni las vidas del rey y de su familia se hallaban tan comprometidas, que tuviese que tratar el rey de atender á su seguridad como hombre, prescindiendo de sus deberes como monarca. Era tarde, porque el rey habia sancionado ya demasiado la revolucion, para volverla bruscamente las espaldas, y porque al dar este paso parecia hacerla traicion y desmentirse á sí mismo. Si Luis XVI hubiese salido bien en su intentona, hubiese tenido que valerse de tropas estrangeras; una vez frustrada, no le quedaba otra alternativa que la de morir peleando en defensa de sn persona y familia, ó volver preso á su mismo palacio. Esta evasion era funesta para él, mirese del modo que se quiera, porque, ó era el camino del oprobio ó el del cadalso. No hay mas que un

medio para desprenderse del trono cuando no se quiere morir en él: este medio es la abdicacion. El rey debió abdicar al volver de Varennes, y la revolucion hubiese adoptado á su hijo y le hubiese criado á su imágen.

El rey no abdicó, y con esto solo, consintió en recibir el perdon de su pueblo. Juró cumplir una Constitucion de que habia huido y desde aquel momento fué un rey amnistiado. La Europa no vió en él sino un desertor de su puesto, conducido á él de nuevo por la fuerza, el pueblo un traidor, y la revolucion un juguete.